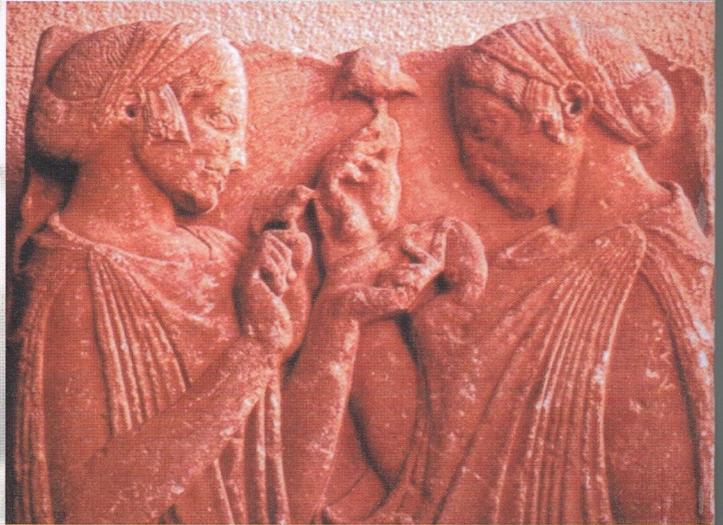


Los alucinógenos en el mito

Giorgio Samorini



Relatos sobre el origen
de las plantas psicoactivas

COLECCIÓN CONNICIONES



La Liebre de Marzo

Los alucinógenos en el mito

Relatos sobre el origen de las plantas psicoactivas

Giorgio Samorini

En todo el mundo se han difundido plantas y hongos cuyo consumo produce visiones y alucinaciones en los seres humanos, acompañadas de profundos estados emocionales e intuitivos, iluminadores y reveladores, y en los cinco continentes han existido y siguen existiendo culturas que utilizan estas plantas particulares como instrumento para trascender la realidad ordinaria y para comunicarse con el mundo de los espíritus y de los dioses o el más allá.

Aquellos pueblos cuya cultura y religión han estado sujetas al fenómeno del sincretismo con religiones externas, como el cristianismo, el islamismo y el budismo, han elaborado y adoptado su mitología a través de un proceso de superposición y comparación simbólica, que se reflejan incluso en los mitos de origen de las plantas psicoactivas.

Como investigador del campo multidisciplinar del uso humano de las plantas psicoactivas, con la presente obra he pretendido ordenar y ofrecer un conjunto de materiales mitológicos –la mayor parte inéditos– con la idea de que podamos leer de forma seguida, los relatos sobre el origen de la marihuana, el tabaco, el peyote, la amanita muscaria, la mandrágora, etc...

Giorgio Samorini



La Liebre de Marzo

COLECCIÓN NOCTURNOS

COLECCIÓN COGNICIONES

Las aproximaciones a los fenómenos cognitivos y a los diferentes estados de consciencia son objeto de una creciente atención por parte de la ciencia tanto si la modificación de las funciones mentales viene dada por la ingestión de sustancias psicoactivas, como si se trata de prácticas diversas (respiración, meditación, etc).

El objetivo final de la *Colección Cogniciones* es reunir bajo un mismo techo todos aquellos textos de calidad y de carácter eminentemente divulgativo, aunque sin miedo a las erudiciones de calidad, que se puedan incluir bajo el tema de los estudios de las sustancias psicoactivas modernas o tradicionales, tanto se trate de textos provenientes de la antropología, como de la etnopsiquiatría, o de cualquier otra de las ramas de las ciencias cognitivas: chamanismo, estados modificados de consciencia, alucinógenos o enteógenos, psicología transpersonal, antropología cognitiva, etc.

Giorgio Samorini, nacido en Bologna en 1957, etnobotánico y etnomicólogo, estudioso en el campo de la Ciencia de las sustancias psicoactivas, ha investigado en África, América Latina, India y Europa el uso antiguo y actual de los alucinógenos entre diferentes tribus y culturas. Es director de la revista científica internacional *Eleusis: Journal of Psychoactive Plants and Compounds*.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
YAJÉ (AYAHUASCA)	19
PEYOTE	33
CANNABIS	45
SOLANÁCEAS	51
DATURA	52
MANDRÁGORA	62
TABACO	66
POLVOS DE ESNIFAR	77
IBOGA	83
SAN PEDRO	97
JUREMA	103
KAVA	107
HONGOS	117
AMANITA MUSCARIA	118
OTROS HONGOS	132
PLANTAS EXCITANTES	137
COCA	137
CAFÉ	141
TÉ	143
COLA	144
PLANTAS Y BEBIDAS ALCOHÓLICAS	147
VID Y VINO	147
MAGUEY Y PULQUE	153
NOTAS	159
BIBLIOGRAFÍA	169

INTRODUCCIÓN

Ciertas conductas han acompañado al hombre desde siempre, o mejor desde que se ha “vuelto hombre”, y de alguna manera lo caracterizan y definen. Por ejemplo, el hombre produce arte; está empujado por un impulso artístico que lo acompaña desde sus orígenes. Tenemos una demostración de ello si consideramos la fecha de las representaciones artísticas –las que se juzgan más antiguas– que han llegado hasta nosotros: pinturas prehistóricas rupestres localizadas en Tanzania y en Australia, fechadas alrededor de hace 45.000-40.000 años (una fecha “próxima” a la que generalmente se atribuye, en orden cronológico, a los Homínidos, (*Homo Sapiens*)¹.

Estas conductas humanas atávicas –entre ellas el impulso artístico– pueden considerarse como “constantes de comportamiento” que renuevan continuamente el devenir del hombre. Se trata de impulsos de comportamiento irreprimibles, que se manifiestan dentro de la sociedad de los hombres sin distinción de razas o pueblos: son comportamientos trans-culturales.

Otra de tales “constantes” es la tendencia del hombre a buscar, a través de los métodos más dispares, la modificación de su estado de consciencia ordinario, con el objeto de vivir experiencias psico-físicas en el marco de otros estados mentales; estados mentales que, por su naturaleza, son posibles y “naturales” en la misma medida en que consideramos “natural” el estado de consciencia que, de ordinario, rige nuestra existencia. Tal consideración queda avalada por el atavismo inherente al impulso de vivir esta clase de experiencias y por la históricamente comprobada imposibilidad de suprimirlas.

La historia de la relación entre el hombre y sus estados modificados de consciencia demuestra cómo éstos están en estrecha relación con otra importante “constante” humana: el impulso religioso. No puede ser casual el hecho que, entre todos los pue-

blos, los raptos extáticos y de trance –considerados como los más elevados estados de consciencia– sean interpretados culturalmente como fenómenos de exquisito carácter místico, espiritual y religioso. Es más, hay que pensar que el origen de la relación del hombre con los estados modificados de consciencia está directamente ligado al nacimiento de su impulso religioso. También hay quien considera que en la historia del género humano, la consciencia ha aparecido originalmente como lo que ahora se conoce como “estado místico de consciencia”. Tal hecho explicaría que los místicos hablen de una “edad de oro”, cuándo las visiones místicas eran muy corrientes².

La modificación del estado de consciencia, además de presentarse en casos quizás erróneamente definidos como “espontáneos”, es inducida mediante un amplio espectro de técnicas que el hombre ha ido descubriendo y elaborando en el curso de su historia. Desde las técnicas de privación sensorial y mortificación física a las meditativas y ascéticas, hasta las que utilizan como factor desencadenante los estados de trance y de posesión, la danza y el sonido de determinados instrumentos musicales; por último (y no, por cierto, en orden de importancia), las técnicas que prevén el uso de plantas dotadas de efectos psicoactivos, mayoritariamente de tipo alucinógeno. Esta última es una de las técnicas más antiguas de modificación de la consciencia y se remonta, casi seguramente, a la dilatada Edad de Piedra.

Por todo el mundo están esparcidas plantas y hongos cuyo consumo produce en el hombre alucinaciones y visiones, acompañadas de profundos estados emotivos intuitivos, “iluminados”, “reveladores”, y en los cinco continentes han existido y siguen existiendo culturas que utilizan estas plantas particulares como instrumentos para trascender la realidad ordinaria y para comunicar con el mundo de los espíritus y de los dioses, con el más allá, con el Otro.

La mayoría de estas plantas pertenece al grupo de los llamados alucinógenos, conocidos también como psikedélicos (“reveladores de la mente”) o como enteógenos (“que revelan la divinidad que está en ti”), con la explícita referencia al hecho de que el motivo principal de su empleo es obtener estados mentales de inspiración religiosa³.

Numerosas culturas han colocado a la planta sagrada en el centro de su sistema religioso y a modo de eje del sistema interpretativo de los distintos aspectos de la realidad y de la vida, del mismo modo en que poblaciones, tribus y sectas han puesto las técnicas meditativas y ascéticas, y las consiguientes experiencias mentales, como eje de su vida espiritual y terrenal.

Plantas y hongos psicoactivos han sido considerados en todas partes como un don que los dioses dejaron a los hombres y, a veces, han sido identificados totalmente con un dios. Es el caso del Soma de los RgVeda –los textos indios religiosos más antiguos– considerado al mismo tiempo como un dios y como un brebaje de inmortalidad, obtenido, siguiendo la hipótesis de Robert G. Wasson, del hongo psicoactivo *Amanita muscaria*⁴. El Soma era preparado ritualmente y consumido por los oficiantes en el transcurso de determinadas ceremonias religiosas. Un conocido himno de los RgVeda recita: “Hemos bebido el Soma / nos hemos vuelto inmortales / hemos llegado a la luz / hemos encontrado a los dioses”⁵.

El cactus del peyote, equiparado con el ciervo y el maíz, es considerado como “fuente de su vida” por los Huicholes de Méjico. Los shivaitas indios utilizan los efectos del bhang (marihuana) para comunicarse con el dios Shiva. Los fang del Gabón, en el transcurso de ciertos ritos iniciáticos, consumen enormes cantidades de raíces de iboga –un poderoso alucinógeno– que provoca un estado de coma, en el cual el alma del neófito emprende un “viaje” hasta las “raíces de la vida y se pone en contacto directo con Nzamé”, su dios.

Las plantas sagradas también se utilizan con fines curativos, aunque no pueda separarse tal uso de un contexto espiritual religioso más general: en las culturas tradicionales, los enteógenos no son considerados meramente como medicinas para el cuerpo humano, sino medicinas sagradas para el sistema, inseparable, mente/cuerpo. Los métodos de curación tradicionales, centrados en la figura del chamán (o, en cualquier caso, del “especialista” –chamán, curandero, vegetalista– que guía la ceremonia visionaria colectiva), que se basan en el empleo de un enteógeno, actúan a través de un mecanismo que algunos estudiosos occidentales definen como “sociopsicoterapéutico”.

En la mayoría de los casos –entre los que citaríamos las *veladas* mazatecas (Méjico), rituales de curación en los que se utilizan hongos alucinógenos, y en las *mesadas* del Perú andino, en las que se utiliza el poderoso cactus de San Pedro– la planta psicoactiva es consumida por todos los participantes en la ceremonia, enfermos incluidos. En el curso del ulterior estado visionario, el chamán “capta” los mensajes enviados por el espíritu de la planta, o de la entidad espiritual o divina por ella representada, y los “traduce” para la colectividad. Se trata de un fenómeno de “diagnóstico mágico”, a través del cual las entidades sobrenaturales que “habitan” en la planta comunican al chamán las causas de la enfermedad y qué remedios utilizar (por ejemplo, que plantas medicinales utilizar).

En distintas culturas, estas plantas también se emplean para finalidades mágicas, o sea, para inducir poderes psíquicos paranormales mediante los cuales efectuar operaciones mágicas: prever el futuro, ver y comunicar con personas alejadas, volver a encontrar un objeto perdido, localizar al culpable de un delito, etc. Los estados modificados de consciencia –según lo que afirman los que viven tales experiencias– pueden ser acompañados por la liberación de poderes paranormales. Encontramos, por ejemplo, un paralelismo de este fenómeno en los *siddhi* (poderes psíquicos), adquiridos por los yoguis indios a lo largo de sus prácticas ascéticas, y no es casualidad que en Bengala al cáñamo indio se le denomine con el mismo término *siddhi*. Hay casos en los que se utiliza la misma planta para diferentes finalidades, según el contexto y los supuestos culturales específicos. Es el caso, por ejemplo, del peyote, el cactus alucinógeno considerado como una hostia sagrada (el “Cristo rojo”) por las tribus de Indios de Norteamérica. Tales tribus han dado vida, desde mediados del siglo XIX, mediante el uso ritual colectivo de este cactus, al afianzado movimiento religioso de la Native American Church. En Méjico septentrional, los tarahumara, en cambio, siguen utilizando el peyote exclusivamente durante las ceremonias de curación de sus enfermos, mientras que los aztecas del Méjico precolombino –según lo referido por las fuentes del período de la Conquista– lo utilizaban para finalidades mágicas, para volver a encontrar un objeto perdido, para predecir acontecimientos futuros o para desenmascarar a un culpable.

El grado de socialización de las experiencias, que prevén el consumo de plantas sagradas, varía notablemente según el contexto social y el tipo de aproximación cultural relacionado con la experiencia. En el rito del Soma, la bebida era consumida únicamente por los oficiantes. Es éste un ejemplo de utilización de plantas embriagadoras reservada exclusivamente a la casta sacerdotal, o a individuos particulares elegidos como intermediarios, a través de los cuales se efectuaba la conexión entre los dioses y el pueblo. También en las culturas religiosas chamánicas, probables cunas de origen del sentimiento religioso humano, el chamán desempeña el cometido de intermediario entre su gente y el más allá. Las experiencias visionarias, en el transcurso de los rituales, pueden ser vividas por un nutrido grupo de individuos, pero el chamán representa, sin embargo, la figura clave de la experiencia colectiva. Es frecuente, asimismo, el caso de movimientos religiosos en los que el consumo de la planta psicoactiva se produce de una forma más abiertamente colectiva, a modo de comunión, incluyendo a todos los participantes en el rito. En tales contextos, el alucinógeno es considerado y vivido como intermediario individual entre cada individuo y la divinidad⁶.

La estrecha relación que se crea entre el hombre y las plantas psicoactivas llega, naturalmente, a influenciar a los mitos y creencias de los pueblos que utilizan tales plantas, hasta el punto que –sobre todo si esta relación es de origen local, y no de importación– llegan a desempeñar un papel simbólico significativo en las cosmogonías y antropogonías de tales poblaciones.

Entre los mitos y relatos que tratan de plantas psicoactivas, destacan –por número y por riqueza de elaboración– los que atañen a su origen o al origen de la relación entre éstas y el hombre. Con respecto a muchas de estas plantas, la ciencia occidental, y la etnobotánica en particular, todavía no es capaz de explicar de que forma, y en base a que lógicas deductivas, el hombre haya llegado a descubrir sus particulares propiedades psicoactivas, a menudo encerradas únicamente en algunas de sus partes (flores, semillas, raíces, etc.), o acompañadas por unos efectos tóxicos de tal envergadura que puedan hacer considerar a la planta como venenosa antes que psicoactiva. Para algunas plantas es plausible el descubrimiento casual, mientras que para otras se ha hecho referencia a la observación efectuada por el hombre sobre el comportamiento de algunos animales después de que consumieran la planta y se quedaran embriagados (se hace referencia, en efecto, a tales observaciones en distintos mitos). Por ejemplo, las poblaciones de Siberia, que utilizan la falsa oronja –la conocida y vistosa seta de sombrero rojo cubierto de manchas blancas puntiformes– afirman haber descubierto sus efectos observando a los renos que, tras haberla ingerido, se quedaban embriagados.

Pero también existen plantas psicoactivas cuyo descubrimiento por parte del hombre sigue siendo un enigma. Es el caso del yajé, una bebida alucinógena difundida en el amazonas, obtenida cociendo a la vez dos plantas distintas, ambas indispensables para conseguir los efectos visionarios de la bebida; si se consume sola, cada una de estas plantas no produce ningún efecto. Podemos, por consiguiente, preguntarnos cómo han podido los habitantes de los amazonas, hace miles de años, descubrir que “esta planta” y “aquella planta”, entre las miles de la selva, sólo si son utilizadas al mismo tiempo podían inducir un efecto alucinógeno. Para los indígenas, el problema no existe: no lo han descubierto ellos, sino que el espíritu de la selva, o el Espíritu del yajé, mejor conocido como Mujer-Yajé, un día, hace mucho tiempo, se lo indicó personalmente.

De aquí el mito de origen de la planta psicoactiva, más o menos elaborado, que explica, motiva –y constantemente funda– su existencia y su relación causal con el hombre.

Con frecuencia, en estos relatos los enteógenos tienen origen en una emanación directa de los dioses, por cuya voluntad las plantas sagradas son entregadas a la humanidad como medio de comunicación con las realidades extra-humanas. En la mitología de los fang del Gabón, los espíritus de los muertos indican a Bandzioku, una mujer, la planta de la iboga y le enseñan cómo utilizarla, para que pueda “verlos” y comunicar con ellos. Entre los indios de Norteamérica, el Espíritu del Peyote se presenta en sueños a un hombre (o a una mujer) y les señala el peyote, la raíz sagrada, como instrumento de salvación de su tribu. Diferentes mitos consideran el origen de la planta en el hecho de salir del cadáver o de la tumba de un hombre, la mayoría de las veces un héroe cultural que, tras haber establecido las reglas tribales, los ritos de paso, los principios de la agricultura u otras importantes instituciones sociales, otorga un último presente a su tribu transformándose, en el momento de su muerte, en el vegetal psicoactivo. Estos relatos pertenecen al más vasto conjunto de mitos relacionados con el origen de las plantas cultivadas por el hombre, privativos de los pueblos agrícolas y caracterizados por el tema de la transformación de un espíritu –de un dema, como lo denomina Jensen⁷– a menudo mediante desmembración, en la planta homónima.

Para una misma planta pueden existir distintos mitos relativos a su origen, y para cada uno de ellos pueden existir diferentes versiones: tal cosa sucede, sobre todo, debido a la difusión geotnográfica del uso de la planta. Por ejemplo, se conocen decenas de versiones del mismo mito de origen sobre el uso del peyote a cargo de los indios de Norteamérica; en la práctica, existe una versión por cada tribu india que ha adoptado este cactus alucinógeno como droga sacramental.

Se presentan casos en los que un mito trata a la vez sobre el tema del origen de la planta y el del origen de su uso por parte del hombre, sobre todo en aquellos relatos en que el origen del hombre y el origen de la planta sagrada están en estrecha relación temporal entre ellos (en el tiempo del mito, naturalmente). En cambio, en gran número de otros casos los relatos se refieren exclusivamente al origen de la relación del hombre con la planta, considerando a esta última como preexistente al suceso relatado en el mito, sin especificar el origen.

Entre los mitos que aquí se relatan, se advierte cierta variabilidad en el grado de “pureza etnográfica”. Distintos relatos han sufrido las influencias e interpretaciones de culturas externas, llegando a perder, en algunos casos, las características del mito

de origen, enterrado bajo una gruesa capa de modificaciones interpretativas. En muchos casos, lo que nos ha llegado es un cuento, una historieta o una simple anécdota, fruto de la secular vulgarización y folclorización de los mitos antiguos.

Las poblaciones cuya cultura y cuya religión han sido sometidas a un fenómeno de sincretismo con religiones externas, como el cristianismo, el islamismo o el budismo, han elaborado y adaptado su mitología a través de un proceso de superposición y comparación simbólicas que se reflejan, asimismo, en los mitos de origen de las plantas psicoactivas. Por ejemplo, en algunas versiones del mito de origen del uso del peyote entre los indios de Norteamérica, ya no es el espíritu del Peyote, sino Jesucristo, el que se revela al indio para señalarle la raíz sagrada.

Como investigador en el campo de la indagación multidisciplinaria del uso humano de las plantas psicoactivas, y sin pretender usurpar campos de investigación pertenecientes a los estudiosos especialistas en mitología, antropología e historia de las religiones, con el presente trabajo he pretendido ordenar y ofrecer un conjunto de materiales mitológicos, considerando útil, o por lo menos subjetivamente interesante, el hecho de poder leer, uno tras otro, los relatos sobre los orígenes de la marihuana, del tabaco, del peyote, de la amanita muscaria, de la mandrágora, etc. Junto a una más extensa presentación de los mitos relacionados con las plantas alucinógenas (enteógenos), he relatado algunos mitos relativos a las plantas estimulantes y a las plantas de las que se obtienen bebidas alcohólicas.